

haya ensordecido su alma á la voz del deber, que es la verdad! (*Mirándola aún.*) Vé, ángel caído.... encontrarás tu redencion, pero despues que escapes del naufragio de tus lágrimas! (*Toca un timbre y aparece Anselmo.*) Anselmo, ve á casa y dispon mi maleta como en otros tiempos. Saldremos mañana temprano.

ANSELMO. ¿Nos vamos, señor?

FEDERICO. A Europa, Anselmo, á viajar, á viajar (hasta morir); lo muy preciso, lo más necesario. Toma esta llave, saca de mis gavetas todo el dinero que allí encuentres en billetes del banco de Londres.

ANSELMO. Así la haré, señor, descuide vd... . (*Váse.*)

#### ESCENA IX.

FEDERICO, despues FIMOMENA y los convidados.

FEDERICO. Pero ¿qué rumor es ese?... Desde aquí se nota en el salón extraño momento.... Ah! ahí viene Filomena.

FILOMENA. (*Entrando.*) Nada, no es nada, fué un vahído, pero ya pasó. Pobrecilla! De veras que es un ángel. Se conoce que ha frecuentado poco la sociedad esa señorita. ¿De dónde la ha sacado vd. Federico? Dígame vd., dígamelo vd. porque estoy que muero de curio-

sidad. Y además, además me interesa mucho esa niña; ha llamado mucho la atencion de todo el mundo.

CONVI. 1º. (*Entrando.*) Dicen que es huérfana, que es una huérfana desvalida y desventurada que han traído á Filomena.

CONVI. 2º. Interesante criatura! Y á mí no me miró con malos ojos: al través de su careta....

CONVI. 1º. Presuntuoso....

CONVI. 2º. Conquistaré primero á Filomena, y luego.... Federico, ¿vd. la conoce?

FEDERICO. ¿A quién? (*Filomena se separa del grupo y mira hácia el salon.*)

CONVI. 1º. A Lucrecia.

FEDERICO. Sí.... así.... de paso.

CONVI. 2º. Pero no se fijó vd. en sus ojos. ¡Qué ojos!

FEDERICO. (*Aparte.*) Importuno! No, no me fijé.

CONVI. 2º. Es lástima; pues fíjese vd.

FILOMENA. (*Volviendo al grupo.*) Allí viene.... viene hácia acá acompañada de Ernesto.... está mejor.

CONVI. 2º. Viene, pues aquí hablaremos con ella Tiene una voz....

FEDERICO. (*A Filomena.*) Yo no, yo no quiero verla. Tengo mis razones. Si pregunta por mí, dígame vd. que me he marchado á la calle.... . (*Váse por la puerta lateral derecha.*)

FILOMENA. Bien.

ESCENA X.

- ERNESTO, GABRIELA, FILOMENA y Convidados
- GABRIELA. Ah! Tambien aquí hay gente, señor, lléveme vd. donde pueda estar sola . . . . . quiero estar sola . . . . .
- CONVI. 2º. Me alegro de ver á vd. restablecida.
- GABRIELA. Gracias.
- CONVI. 1º. No fué nada; pero si algo se le ofrece á vd. . . . .
- GABRIELA. Gracias.
- CONVI. 3º. La felicito á vd. Lucrecia.
- GABRIELA. Gracias. (*A Ernesto.*) Lléveme vd. á otra parte.
- ERNESTO. Un instante . . . . ya la llevaré á vd.
- FILOMENA. ¿Se siente vd. bien?
- GABRIELA. Bien, muy bien; ¿me haría vd. el favor de llamar á Federico?
- FILOMENA. ¿Federico? Echéle vd. un galgo.
- GABRIELA. ¿Pues no está aquí?
- FILOMENA. No, se ha marchado.
- GABRIELA. Es imposible! Eso no puede ser! Caballero, (*A Ernesto.*) búsqüeme vd. á Federico.
- ERNESTO. Sí, señora . . . Señores, Lucrecia desea hablar á Federico, ¿tienen la bonde buscarle por el salon? Será un servicio que Lucrecia ha de agradecerles.
- TODOS. Sí . . . sí . . . con mucho gusto.

- ERNESTO. Ya vd. lo vé. Sabía yo que este era el modo más facil de que volaran.
- GABRIELA. Ah! Gracias, muchas gracias.
- ERNESTO. (*Aparte à Filomena, con gravedad.*) Todos se han ido. Esta señora, Filomena, desea estar sola, enteramente sola. Cuide vd. de que esos impertinentes no vuelvan.
- FILOMENA. Eso es muy difícil; creo que es casi imposible el contenerles. Y luego como esa niña, gazmoña y consentida, se anda haciendo la interesante, menos.
- ERNESTO. Calle vd., y hable con más respeto de esa señorita. Vd. no vé más allá de sus narices. No ha comprendido vd., porque no es posible que lo comprenda, que esa mujer es una desdichada... ¿Qué misterio se encierra en el tondo de esa alma? No lo sé, pero Federico debe saberlo. ¿Dónde está Federico?
- FILOMENA. Se ha ido.
- ERNESTO. ¿Se ha ido?
- FILOMENA. Sí.
- ERNESTO. Mentira . . . . . Está usted mintiendo. ¿Dónde está Federico?
- FILOMENA. (*Señalando el aposento.*) Allí, por allí salió, pero le repito á vd. que se ha marchado.
- ERNESTO. Bien, yo le buscaré. Deje vd. sola á

esa señora..... que aquí no venga nadie.....

FILOMENA. (*Retirándose*). Bien.... Si así lo quiere vd.....

ERNESTO. Así lo ordeno.....

FILOMENA. (*Haciendo un gesto de desden*). Entónces..... (*Váse*.)

ERNESTO. ¿Para qué la han traído? ¿Para qué? (*Luego se acerca á Gabriela y le dice*) Y bien... ya está vd. sola. Aquí aguarda vd. á que le traiga noticias de Federico.

GABRIELA. Ah! el alma de vd. es la única alma buena que hay aquí.

ERNESTO. No, eso no es cierto, no se tienen la culpa esas otras almas, señora, de no haber conocido el alma de vd. Todos tenemos piel; pero no para todos es igual la quemadura.

ESCENA XI.

GABRIELA sola.

¿Se habrá marchado? ¿Me habrá dejado sola? Y si así lo ha hecho, ¿qué merezco yo? ¿No me preguntó mil veces si yo le amaba? ¿Por qué cobarde el corazón, por qué más cobarde aún el labio no le dijo que nó? ¿Por qué mis ojos, siquiera mis ojos, no le hablaron á los ojos de su alma? ¿De su

alma noble y generosa! ¿Por qué él, por qué Octavio no accedió á mis súplicas y á mis ruegos? ¿Por qué ese hombre comprendiendo mi situación, me arrastró con sus ojos de fuego, con sus labios de fuego, con sus dedos de fuego, al borde del precipicio? ¿Y en dónde está él, que al verme caída y sin amparo, no viene á sacarme del abismo? Ah!... no... mil veces no... que no venga! ¡Todavía, corazón rebelde y maldecido, gritas por él! Pero yo, ¿qué hago aquí? ¿por qué no me voy? ¿por qué no busco la salida? Porque Federico me trajo aquí; porque Federico es mi señor; porque Federico es mi dueño. ¡Y él quiere que yo esté aquí! Pero ¿por qué no viene á sacarme, por qué? Me va á dejar aquí á vivir con estas gentes, todas risueñas, todas alegres! ¿Qué clase de felicidad es ésta que no puedo comprender? Dios mío! ¿Y todas estas mujeres que he visto aquí habrán faltado como yo? Nada, no oigo nada... sí... la música (*se oye tocar en el salon*), la polka que los envuelve á todos en ese vértigo del baile..... Ah! Octavio, Octavio, ¡cuán desdichada me has hecho! ¡cuánto me arrepiento de haberte recibido..... Y sin embargo, ¡te

amo! *(Llora)*. En este momento, aquí... á solas con mi conciencia... si vuelvo los ojos allá, al traves de la oscuridad de esa puerta, te miro...! Te miro á tí, Octavio, acompañándome en los más risueños y más breves días de mi vida...! ¡Imágen de luz en medio de las sombras! Si torno los ojos allá, hacia esa iluminada galería, te miro también á tí, Octavio, imágen, sombra, en medio de la luz! Octavio! *(aparece Octavio)*. ¡Es verdad, ó no más sueño que te estoy mirando! Octavio...! [*Entra Octavio con un dominó negro y un lazo blanco en el hombro izquierdo, por el fondo*].

ESCENA XII.

GABRIELA.—OCTAVIO.

- OCTAVIO. Es la verdad... ¿quién te ha traído á esta casa?
- GABRIELA. Mi marido.
- OCTAVIO. Mientes... Ese hombre que te trajo aquí no es tu marido.
- GABRIELA. ¿Que no? Él mismo.
- OCTAVIO. Entónces, ó está loco, ó te desprecia.
- GABRIELA. Me desprecia... es mi castigo. †
- OCTAVIO. Pero te castiga infamándote.

- GABRIELA. No, porque al infamarlo á él, estaba infamada ya.....
- OCTAVIO. Pero te hubiera matado mejor, ántes que traerte aquí.
- GABRIELA. Y tú ¿me amas?
- OCTAVIO. Sí.
- GABRIELA. Pues márame tú! *(momento de silencio.)*
- OCTAVIO. ¿Yo?..... Yo no tengo derecho de matarte!
- GABRIELA. Pero tienes obligación de salvarme.
- OCTAVIO. Pues bien, vámonos de aquí.
- GABRIELA. No... porque si no tienes el derecho de matarme, tampoco tienes el derecho de darme la vida. Ya tú ves, Octavio, cuál es nuestra situación!
- OCTAVIO. Horrible! pero, sea la que fuere, vámonos de aquí!
- GABRIELA. Pero yo necesito salir de aquí como he entrado. A lo ménos hasta hacerle comprender á mi esposo, que en aquella su casa, si falté á mi deber no hice girones su honra..... Dile que la defendí... que me defendí... que..... Porque él cree, que infame y vil, y con la sonrisa en los labios, me arrojé á tus brazos! Pero tú sabes, Octavio, lo que allí pasó!
- OCTAVIO. Sí, es verdad; pero eso no lo creería nadie.
- GABRIELA. ¿Aunque tú lo dijeras.....?

OCTAVIO. Aunque yo lo dijera. El grito de la virtud que ha triunfado en la lucha de las pasiones, no defiende á las pasiones ni esclarece á la virtud. Hoy, Gabriela, sólo se cree en lo que se ve. . . . . Un hombre ama á una mujer jóven y bella, están juntos dos minutos, un minuto, . . . . . solos; los ven salir juntos de una habitacion. . . . . de noche; cogidos de las manos; hablando en voz baja; tiemblan, se despiden. . . . Y bien, ese hombre y esa mujer han cometido un crimen.

GABRIELA. ¿Aunque no lo hubiesen cometido?..

OCTAVIO. Aunque no lo hubiesen cometido.

GABRIELA. ¿Quiere decir que á los ojos de mi esposo soy criminal?

OCTAVIO. Y á los ojos del mundo entero. . . . .

GABRIELA. ¿Quiere decir que estoy deshonrada?

OCTAVIO. Sí.

GABRIELA. ¿Que tú me has deshonrado?

OCTAVIO. Sí.

GABRIELA. ¿Y no puedes remediarlo?

OCTAVIO. No.

GABRIELA. Debía aborrecerte, y sin embargo...

OCTAVIO. Me amas, como te amo yo! Gabriela...

GABRIELA. Ah! sí, para desdicha mía. Pero yo no debí decirte nunca esto que te estoy diciendo; debí ahogar mis sentimientos en el fondo de mi pecho y,

hasta en último caso denunciarte á mi marido.

OCTAVIO. Sí, pero una vez que no lo hiciste así, dado ya el primer paso, Gabriela, retroceder es imposible!

GABRIELA. Imposible, no; te equivocas. . . . .

OCTAVIO. ¿Tú lo crees? ¿y qué has de hacer? Arranca del corazon de tu marido la serpiente que en él vive enroscada... Mi amor, Gabriela, mi amor será tu único refugio. . . . . Espera, voy á ver si todos los convidados están en la mesa, si no hay nadie en la galería, y vuelvo por tí. (*Vase por el fondo hácia el lado izquierdo.*)

### ESCENA XIII.

GABRIELA, despues FEDERICO [con dominó negro y lazo blanco, por la puerta del fondo, del lado derecho.]

GABRIELA. ¡Qué silencio! ¿Y qué voy á hacer? pero sí. . . . . sí; no es posible retroceder. Federico me deja, me deja, me abandona! ¡Oh! ¡qué horror! ¡vacilacion. . . . ! (*Aparece Federico.*) Ya... vamos, Octavio. ¡Ah! ¡Federico! (*Reconociendo á Federico que se arranca el antifaz.*)

OCTAVIO. (*Que entra disparando su pistola*

sobre Federico, pero sin que logre herirlo.—¡Federico!

FEDERICO. (*Arrojándose sobre Octavio, y arrancándole la pistola á viva fuerza.*)

OCTAVIO. (*Después de la lucha, parándose valerosamente frente á su rival.*)—Tire vd.....

GABRIELA. (*Interponiéndose entre ambos.*)—No!

FEDERICO. (*Bajando el brazo, y con acento de profundo desprecio.*)—¿No?—Es verdad; (*á Octavio*) porque si le matara á Vd., ¿quién cuidaría de esa señora? (*Arrojando á Gabriela en brazos de Octavio.*)

GABRIELA. (*Separándose de Octavio y yendo á apoyarse en el respaldo de un sillón.*)  
—Ah!

#### ESCENA XIV.

FILOMENA y todos, acudiendo al sonido del disparo.

¿Qué pasa? ¿qué pasa?

FEDERICO. (*Con acento sombrío.*)—Nada.....!  
No es nada, señores.... jugábamos los tres una partida y se me ha disparado la pistola, cuando acababa de perderlo todo!

(*Federico se marcha hácia el fondo, para salir á la calle.*)

(*Gabriela desde que se apoya en el respaldo del sillón apenas puede te-*

nerse en pié, y al decir Federico: «cuando acababa de perderlo todo,» cae al suelo sin sentido. Octavio se adelanta á socorrerla, y todos la rodean.)

FIN DEL DRAMA.

DESA ARA  
SOLEDAD  
D. P. BOND  
M. DOCTOR  
GONZALO  
FRANCISCO

GRANDE TON

# SOLEDAD.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

Al primer actor español D.  
Ricardo Valero.

*José Peón y Contreras.*